

La universidad: México 1977

Las oleadas de ataques a las universidades se repiten en ciclos cada vez más próximos, y éste no parece ser un fenómeno aleatorio, sino provocado desde el seno de los grupos de interés y fracciones del gobierno. Cada vez que hay conflictos en las universidades hay que buscar el hilo negro en Estados Unidos, en sectores empresariales y en políticos sin escrúpulos —que aunque parezca mentira también los hay. Pero de ahí no debe desprenderse que las universidades están en crisis; más bien que se las trata de poner en crisis, y, en algunos círculos, no faltan quienes quieran cerrarlas o, lo que es lo mismo, convertirlas en fábricas de autómatas calificados.

No. Las universidades no están en crisis; reflejan una crisis del capitalismo que en México tiene repercusiones graves, pese a los disimulos.

En las esferas de la acción política, la crisis del capitalismo mexicano se refleja en la carencia cada día mayor de formas de expresión política y posibilidades de oposición política organizada. Son los tiempos de favorecimiento al capital, nacional y extranjero. Son los tiempos de austeridad forzosa y "heroica" para los que no conocen otra forma de vida que la austeridad para llamar elegantemente a la subsistencia. Somos testigos de los golpes recibidos por los trabajadores que han venido buscando la democratización sindical. Son los momentos en que se ha evidenciado que los partidos políticos registrados difícilmente pueden reclamar para sí estabilidad, atractivo, opción, etcétera, para la mayoría de la población crecientemente inconforme.

En estas circunstancias, de vacío político, de falta de credibilidad, de deterioro de la legitimidad, se troca el control de tipo liberal por la cancelación de expresiones organizadas de oposición, de crítica inclusive. La sociedad entera es organizada por los sectores dominantes para que funcione con criterios de aceptación (Estados Unidos, por ejemplo), o de sumisión (la mayoría de los países latinoamericanos, particularmente los gobernados por dictaduras militares). En unos se suprimió la pluralidad ideológica en las universidades; en otros países la libertad de expresión en los medios masivos de comunicación; en otros más, ambos canales. El resultado, como el proceso, es más o menos el mismo: evitar la crítica; crítica que necesariamente tendría que repercutir en un incremento de la conciencia política de la población.

La tradición latinoamericana inaugurada en Argentina con la reforma universitaria de la segunda década de este siglo ha sido suficiente para que se considere a las universidades como un reducto de libertad, no porque siempre lo hayan sido o lo sigan siendo en la mayor parte de los países de la región, sino porque en ellas se produce la inteligencia. Y un país sin ésta, o con una producción intelectual totalmente colonizada, puede ser cualquier cosa menos un país o un Estado nacional. Ya hay ejemplos latinoamericanos donde han cambiado las reglas tradicionales de la geopolítica.

Las luchas políticas, que no pueden darse bajo las condiciones de poca conciencia política y de férreo control en las organizaciones adecuadas, se trasladan a los centros de educación universitaria; es decir, a aquellos lugares donde se supone hay un mínimo de libertades negadas en otros sitios. De aquí los embates contra las universidades, de aquí los intentos por domesticarlas, por eliminar la producción crítica del conocimiento. No es casual que las primeras escuelas que desaparecen las juntas militares sean las de ciencias sociales.

La táctica que se ha venido usando en México desde hace algunos años consiste en crear disturbios internos para hacer creer a la opinión política que las universidades, a las que se les ha otorgado la autonomía —a veces más formal que realmente—, no son capaces de autogobernarse, y que no merecen los subsidios gubernamentales que les permite sostenerse sin cobrar colegiaturas semejantes a las de las universidades privadas. Cuando los disturbios no son creados, sino provocados por acciones antidemocráticas de las autoridades universitarias, suelen ser agudizados tales disturbios por grupos de interés de toda índole, pero fundamentalmente mezquinos y reaccionarios; esto es, por grupos que quisieran reducir a las universidades a fábricas de cuadros directamente útiles a sus intereses. Estos grupos persiguen dos metas concretas: liquidar a los profesores y estudiantes que cuestionan críticamente no sólo lo que sucede en el país y en el mundo, sino también lo que pasa dentro de sus centros universitarios, y, de paso, tener un pretexto y el golpe sorpresivo del triunfo coyuntural para modificar planes de estudio, eliminar carreras profesionales y centros de investigación. Ejemplos los hay por docenas y ninguna universidad del país, desafortunadamente, escapa a esta situación.

Cada vez que los estudiantes presionan a las autoridades universitarias por mayores ventajas para estudiar y por reformas a los planes de estudio, algunos políticos, no pocos empresarios y la mayoría de los mercaderes de los medios de difusión, fabrican campañas contra los estudiantes, primero, y luego contra las universidades, tratando de desprestigiarlas y, en contraparte, de prestigiar a las universidades privadas donde hay "orden y progreso".

Cada vez que los profesores, investigadores y trabajadores manuales y administrativos pugnan por aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo, los enemigos de las universidades levantan la voz y tratan de influir en la población para que se repruebe el clima de libertades que todavía existe en los centros de educación superior no ligados a los intereses empresariales nacionales y extranjeros.

El pretexto utilizado por los enemigos de las universidades y del desarrollo del conocimiento científico y crítico, es casi siempre el mismo: los estudiantes no estudian, son agitadores, y al pueblo le cuesta mantenerlos; los profesores, por otro lado, son agitadores que, luchando por sus demandas, quieren poner a las universidades en crisis y vulnerar su autonomía, etcétera.

Con la represión brutal al movimiento estudiantil de 1968 se creyó que se había sofocado una lucha por la democratización en todos los órdenes, pero el

resultado fue otro bien distinto, se generó la conciencia de lo que se estaba tratando de hacer con las universidades: tecnocratizarlas en beneficio de las nuevas necesidades del desarrollo capitalista.

La conciencia de este nuevo fenómeno prendió entre muchos de los profesores, principalmente entre aquellos que habían sido testigos o actores en el movimiento estudiantil ya mencionado. Estos profesores se organizaron y formaron el Sindicato del Personal Académico de la UNAM. El ejemplo se reprodujo en otras universidades del país. Y estos sindicatos resolvieron que habría de evitarse que sus centros de trabajo se convirtieran en fábricas de conocimiento superespecializado, en fábricas de inmovilidad y conformismo, en núcleos de producción científica y tecnológica dirigida a satisfacer de manera exclusiva a las empresas y a la administración pública del Estado capitalista.

El resultado de la organización de trabajadores intelectuales y manuales de las universidades se vio de inmediato: los aparentes ataques a los centros de educación superior donde se ha dado el fenómeno descrito.

En realidad, los ataques de los grupos de presión conservadores no son contra las universidades, sino contra los que quieren evitar que se tecnocratice, que se parcialice el conocimiento, que la enseñanza se vea invadida por pseudociencias "inventadas" por los teóricos del *establishment* norteamericano; evitar, en fin, que los destinos de las universidades sean decididos por los patrones y por quienes otorgan el subsidio de manera unilateral y autoritaria a través de los gobiernos universitarios.

Defender un modelo de universidad rentable, útil para las funciones de reproducción del capitalismo tanto a nivel tecnológico como ideológico, tecnocrática y autoritaria, ha sido tarea de varias autoridades universitarias y de representantes de intereses muy conocidos ubicados en el seno del gobierno, de las empresas y de ciertos medios de difusión masiva. La forma de defensa es, por un lado, negar toda posibilidad de existencia a los sindicatos de personal académico y de trabajadores manuales, auténticos y cada vez más fuertes y, por otro lado, y desde el exterior, tratar de lanzar a la opinión pública en contra de las mismas universidades en términos de las cuotas de colegiaturas, la "inestabilidad" producto de las huelgas, los costos de los paros estudiantiles, etcétera.

Lo que en el fondo se está debatiendo ahora es un problema fundamental que los conservadores de dentro y fuera de las universidades han tratado de evitar: la transformación de los centros de educación superior. Lo que ellos quieren conservar y defender es una universidad que produzca profesionales "útiles" para el mercado de trabajo dominado por el Estado, los monopolios y las industrias tecnológicas de punta nacionales y extranjeras. Es decir, subordinar a las universidades a las prioridades económicas, políticas y sociales de la burguesía, eliminando toda oposición y cuestionamiento internos.